



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

34.- Diez leprosos son limpiados



unánimes

Estudios Bíblicos

N.34.- Diez leprosos son limpiados

1. El texto

Lucas 17:11-19

Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo:

—¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!

Cuando él los vio, les dijo:

—Id, mostraos a los sacerdotes.

Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios.

Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se prostró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano. Jesús le preguntó:

—¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?

Y le dijo:

—Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

2. Introducción

En este texto vamos a destacar el hecho de que ser sanado por Jesús no necesariamente implica ser salvado por Él. Hoy en día que hay tanto espectáculo alrededor de sanidades divinas, es necesario entender esta enseñanza. El show debe quedar al lado y nuestro foco debe ser la salvación de las almas. Lo que es importante, lo que es relevante está en este texto. “—¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?” Nuestra existencia tiene solamente un propósito, glorificar a Dios. todo lo demás se deriva de allí.

3. El lugar

Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea.

Jesús, en compañía de sus discípulos, iba viajando por el límite entre Samaria y Galilea, probablemente tomando el camino que cerca de Betsán cruza el Jordán hacia Perea. Recordemos que los judíos consideraban a los samaritanos menos que gentiles, por lo tanto, cuando viajaban de Norte a Sur o a la inversa, estando Samaria en el medio, la rodeaban para no tener que pasar por ella. El único que rompía con esa costumbre era Jesús..

4. Los diez leprosos

Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo:

—¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!

No se indica el lugar exacto donde ocurrió el milagro y es de poca importancia. Los diez leprosos eran de origen mixto; esto no es un fenómeno extraño donde se tocan dos provincias. Además, la miseria ama el estar en compañía y cuando uno está afectado por la lepra la nacionalidad deja de ser una barrera para la comunión: los judíos y samaritanos se unen. Aquí tenemos un ejemplo de una de las leyes de la vida: la común desgracia había roto las barreras raciales y nacionales haciéndoles olvidar las diferencias que había entre judíos y samaritanos y recordar sólo que eran seres humanos necesitados de compañía y ayuda mutua. Si se produce una inundación en un terreno y se reúnen diferentes clases de animales en algún lugar más alto, conviven pacíficamente los que en circunstancias normales serían enemigos y lucharían a muerte. Lo que más debería hacer que los seres humanos convivieran en paz es su común necesidad de Dios.

No es sorprendente que estos diez leprosos se pararan a cierta distancia. Sabemos que los judíos no se trataban con los samaritanos, sin embargo, en este grupo había por lo menos uno que era samaritano.

Los leprosos se pararon a lo lejos. No era una distancia fija; pero una autoridad establecía que fueran por lo menos cincuenta metros los que separaran al leproso de los sanos. Ahí vemos el absoluto aislamiento en que tenían que vivir los leprosos.

Cuando Jesús estaba entrando en la aldea anónima los diez gritaron—sus voces todavía podían hacerlo—“Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros”.

5. El milagro

Cuando él los vio, les dijo:

—Id, mostraos a los sacerdotes.

Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios.

Qué diferente es este acto de curación de leprosos del descrito en el capítulo 5 de este evangelio. En este caso Jesús no toca a los diez. En realidad, ni siquiera dice: “Sed limpios”, o algo parecido, sencillamente les dice que se vayan y se muestren a los sacerdotes. Esto era un requisito de la ley. Además, una vez que los sacerdotes lo hubiesen declarado limpios, estarían restaurados a la plena comunión social y religiosa con el resto del pueblo. Notemos en cuántos aspectos estos diez hombres eran similares:

a. Todos estaban afectados con esta terrible enfermedad

- b. Todos estaban decididos a hacer algo al respecto
- c. Todos habían oído acerca de Jesús y creían que Él podría sanarles, que por lo menos tendría piedad de ellos
- d. Todos apelan a Jesús, reconociéndole como Maestro o rabino
- e. Todos, en obediencia al mandamiento de Cristo, emprenden su camino hacia los sacerdotes
- f. Todos son sanados.

Pero en este punto termina la similitud. El evangelista debe haber estado feliz por poder relatar que no todos los diez eran como el siervo inútil de la parábola inmediatamente precedente, que hizo solamente lo que se le había ordenado. Debe haber entristecido al médico amado (Lucas) el no poder informar que lo que era cierto acerca de uno, era también en todo sentido, válido para los otros nueve.

6. El leproso que regresó

Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias. Este era samaritano.

Cuando los diez habían emprendido su camino hacia los sacerdotes, una corriente de salud y vigor comenzó a correr a través de cada tejido de sus cuerpos. Fueron completamente curados y ellos lo supieron. Pero repentinamente uno de los diez—solamente uno—se volvió y regresó a Jesús. Puede suponerse que él no había llegado todavía hasta el lugar donde se encontraban los sacerdotes. El relato deja la impresión de que los diez no se habían alejado mucho todavía de su sanador antes que este hombre regresara. Nada le impidió ver al sacerdote un poco más tarde.

Mientras regresaba alababa a Dios, así reconociéndolo públicamente como el autor de la gran bendición que acababa de recibir. Además, cayó sobre su rostro y dio gracias a Jesús, porque en el Maestro reconocía al representante de Dios, el poder y el amor de Dios que operaba a través de Jesús. ¡Eso por lo menos! ¡Cuánto amaba este hombre a Jesús! ¿No nacía del amor su humilde actitud?

Es con marcado énfasis que el evangelista añade: “éste era samaritano”. Es como si dijera: “Imagínese, ¡un samaritano!” ¡Un hombre perteneciente a una raza odiada por los judíos! ¿No eran enemigos samaritanos y judíos? ¿No miraban en menos los judíos a los samaritanos porque esta raza mixta no era “sana” en su teología? Pero este samaritano es diferente; por la gracia de Dios, por cierto. ¡Agradece ... a un judío!

Cuando este pasaje se agrega a otras referencias de Lucas tales como el texto en el capítulo 4 cuando Jesús habla de Naamán el sirio o la viuda en Sarepta de Sidón, o el texto en el ca-

pítulo 7 donde Jesús sana a un siervo de un centurión romano, queda en claro que lo que Lucas está diciendo es esto: “una iglesia internacional, formada no solamente de judíos sino ciertamente también de no judíos, se está estableciendo gradualmente”.

7. La diferencia entre sanidad y salvación

Jesús le preguntó:

—*¿No son diez los que han quedado limpios? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviera y diera gloria a Dios sino este extranjero?*

Y le dijo:

—*Levántate, vete; tu fe te ha salvado.*

Es claro que Jesús sintió pesar por el hecho de que solamente uno de los diez leprosos limpiados regresara a dar gracias a Dios. Pensemos en ello: ¡solamente uno de diez y ése no un judío sino un samaritano! Esto muestra que, aunque los judíos como una nación habían sido bendecidos mucho más que cualquier otra nación, aquí un grupo de judíos permite que un samaritano les supere en alabar a Dios y dar gracias.

Tiene que haber habido una discusión. Es difícil creer que sin revelar sus intenciones el samaritano repentinamente hubiera dejado el grupo para regresar a Jesús. La probabilidad, casi la certeza, es que él haya pedido a los otros que regresaran con él. Pero no, ellos se negaron.

Sí, la negación de los nueve le dolió a Jesús. Lo que con frecuencia se pasa por alto es la humildad revelada en su doble pregunta: “¿Dónde, entonces, están los nueve? ¿No se halló ninguno que regresara y diera gracias a Dios ...?” Ni siquiera agrega: “y a darme gracias a mí”. Está profundamente preocupado por el hecho de que su Padre en el cielo no recibió la alabanza que le correspondía. Nada dice respecto de sí mismo. En su amor benevolente y benefactor, Dios no discrimina.

Lucas 6:35-36

Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.

Mateo 5:44-45

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos.

Bendiciones comunes, sí. Pero la gratitud común no.

Jesús, habiendo recibido la ofrenda de un corazón agradecido y de labios agradecidos, des- pide al samaritano con las palabras muy conocidas aparecen también en otros textos: “*tu fe te ha salvado*”.

Lo más importante no es la cantidad de luz que hemos recibido, sino lo que hemos hecho con la luz recibida. En este caso, el samaritano, aunque menos instruido que los judíos, usó mejor lo que había recibido... y fue salvo.

8. Conclusión

Esta es la historia evangélica que nos muestra más a las claras la realidad de la ingratitud. Los leprosos clamaron a Jesús en una situación desesperada; Él los curó, y nueve de los diez no volvieron a darle las gracias. Eso es lo que suele pasar: una vez que se ha obtenido lo que se necesitaba, no se vuelve ni para dar las gracias. La ingratitud siempre está presente en nuestras vidas.

- a. **A menudo somos desagradecidos con nuestros padres.** Hubo una época de nuestra vida en la que, si nos hubieran abandonado unos pocos días, nos habríamos muerto. De todas las criaturas, el ser humano es el que tarda más en independizarse de sus padres. Pero a veces llega el día en que los padres son una molestia, y muchos jóvenes no están dispuestos a pagar la deuda de gratitud que les deben. W. Shakespeare pone en boca del rey Lear: “¡Cuánto más aguda que los dientes de una serpiente es la ingratitud de un hijo!”
- b. **A menudo somos desagradecidos con nuestros semejantes.** Será raro entre nosotros el que no haya recibido una ayuda considerable en algún momento de necesidad y más raro el que haya devuelto la deuda de gratitud que contrajo. A veces un amigo, o maestro, o médico, hace algo por nosotros que nunca podremos pagar; pero lo malo es que hasta lo olvidamos.
- c. **A menudo somos desagradecidos con Dios.** En algún momento de amarga necesidad hemos orado con intensidad desesperada; pero pasó aquella situación y nos olvidamos de Dios. Dios dio a su amado Hijo por nosotros a la muerte de cruz y muchos no le hemos dado ni siquiera las gracias.

La mejor gratitud es tratar de ser un poco más dignos, o menos indignos, de su bondad y misericordia. Como dice el salmista:

Salmos 103:2

Bendice, alma mía al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios.

Dos inmensas lecciones aprendemos de este milagro. La primera es que siempre debemos ser agradecidos con Dios y la segunda es que sanidad no necesariamente implica salvación.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995